

EL POETA Y POLEMISTA ABÛ AMIR AHMÂD IBN GARCÍA DE DENIA O LA SHU'UBIYYA DEL XARQ AL-ÁNDALUS

José Raimon Sastre Parres

Después de la muerte de Mahoma y una vez unificada toda la Península Arábiga, conducido por los cuatro califas *rashidûn* (o *bien guiados* u *ortodoxos*, legítimos sucesores del Profeta para los musulmanes sunnitas: Abu Bakr, 'Umar, Uçmân i 'Alî, los tres primeros no reconocidos como tales por los chiítas), entre los años 632 y 652, el Islam franqueó las fronteras de Arabia para ocupar *manu militari* Siria, el Líbano, Palestina, Egipto, la Cirenaica y la Tripolitana (Libia), posesiones del Imperio Romano de Oriente o bizantino; e Irak e Irán, que en aquel entonces formaban parte del Imperio Persa Sasánida. El África del Norte (*Mágrib* para los árabes o *Tamazgha* para los bereberes: Tunicia, el norte y el centro de Argelia y Marruecos) y la Península Ibérica fueron conquistadas bajo el reinado de los califas omeyas de Damasco entre finales del siglo VII y principios del VIII, pese a la muy discutida tesis *revisionista* de Ignacio Olagüe, defendida apasionadamente por muchos neoconvertidos españoles o franceses. Estos guerreros de los desiertos y los oasis (primeros *mudjahidûn* o *esforzados*) propagaron la nueva fe entre los vencidos, pues éste era el fin primordial del *djihâd bis-sayf* o *esfuerzo supremo que utiliza la espada* que, muy teóricamente, sólo deben emplear los buenos seguidores de Mahoma con fines defensivos y nunca ofensivos.

Un buen número de nuevos musulmanes, convertidos a la nueva fe por razones sinceras o *fiscales*, ya que la *Gente del Libro* (israelitas y cristianos) podían practicar libremente su religión abrahámica en calidad de *dhimmîes* (o *protegidos* por las autoridades musulmanas), pagando eso sí un impuesto suplementario, según el pacto de califa 'Umar, ampliado y sistematizado mucho más tarde por las Cuatro Escuelas Jurídicas sunnitas, no eran árabes de origen, si exceptuamos a los gassaníes y lajmíes, antiguos *fædatari* de los romano-bizantinos y de los persas sasánidas, respectivamente. Citemos a los arameos, griegos, persas, coptos, bereberes romanizados o nómadas e hispanomusulmanes, la mayoría de los cuales eran cristianos antes de cambiar *nolens volens* de religión, que los árabes llamaban despectivamente *Ádjam* o *Rum*. Estos nuevos musulmanes unieron a su cultura autóctona ancestral la nueva cultura de lengua árabe. Comenzó así una corriente de pensamiento conocida bajo el nombre de *Shu'ubiyya*. Este vocablo proviene de *shu'ûb* (plural de *sha'ab*), que en árabe significa *naciones, pueblos organizados y sedentarios* (los romanobizantinos y los persas), en oposición a las *qabâil* (plural de *qabîla*) o tribus y clanes del desierto (los beduinos u árabes más o menos nómadas, *adnanitas* o *qahbanitas*, esto es, *qaysíes* o *kalbíes*). Se trataba de un movimiento cultural que afirmaba, entre otras cosas, que el pueblo árabe no era la mejor raza del mundo y menos aún un nuevo *Pueblo Elegido*, si bien en su seno nacieron el Profeta y la nueva religión monoteísta, *única verdadera*. Esta corriente nacionalista *ante litteram* se desarrolló sobre todo entre los persas, antepasados de los actuales iraníes, que aportaron a la nueva cultura arabomusulmana todo el gran peso de su civilización milenaria, la de Ciro, Darío, Jerjes y otros conquistadores y emperadores aqueménidas, partos o sasánidas, adoradores de Ahura Mazda, la Luz Divina que lucha contra las tinieblas de Ahrimân.

En la Península Ibérica, gobernada por una ínfima minoría musulmana de origen árabe (dinastía omeya de Córdoba), pero donde los *muladíes* (los hispanorromanos y visigodos cristianos convertidos a la nueva fe) eran ya mayoría en el siglo XI, al estallar el Califato

cordobés en pequeños reinos de taifa, este pensamiento autóctono capitaneado en el *Mashriq* (oriente del mundo islámica de lengua árabe) por los iraníes, cristalizó en el *Xarq al-Ándalus* (tierras orientales de la Península Ibérica) en la figura del poeta y polemista Ibn García. Vasco o navarro por su nacimiento pero educado desde niño en Denia, reino musulmán que alcanzó gran prosperidad bajo Mudjáhid, su fundador (1010-1045), y su hijo Iqbal ad-Daula (1045-1076), cuya familia no era de ascendencia árabe, adoptó el nombre de *Abû Amir Ahmad* al convertirse al Islam, pero conservando su apellido cristiano, Ibn García.

El fuerte complejo de inferioridad que tenían los nuevos conversos frente a la minoría árabe *qaysí*, *kalbí* o *shamiyy* los incitaba a inventarse fantásticas genealogías que pretendían hacer remontar el origen de sus antepasados a los inicios árabes del Islam y a los tiempos *gloriosos* de la conquista de Hispania (“*las ideas dominantes son casi siempre las ideas de la clase dominante*”, Karl Marx *dixit*). Ibn Hazm, el gran poeta y teólogo cordobés, fue uno de ellos y el más conspicuo. La vieja aristocracia arabo-andalusí, tan clasista y soberbia como cualquier otra aristocracia, en la que la *‘asabiyya* (solidaridad tribal o clánica) prevalecía muchas veces sobre la igualdad teórica de todos los creyentes, árabes o no, despreciaba estos *muladíes*, ya fuesen hispanos o bereberes, a pesar de la universalidad del mensaje proclamado por Mahoma y el Corán. Así pues, un poeta hispanomusulmán de lengua árabe, Djáffar ibn al Jarraz, hijo de un simple carnicero de Paterna (Valencia), tan *muladí* como el propio Ibn García, a pesar de su nombre y apellido tan aparentemente agarenos, se negó a saludar al rey Mudjáhid de Denia porque éste no era *baladí*, no era descendiente de los árabes *puros* (*qaysíes* o *kalbíes*) que conquistaron Hispania en tiempos de Musa ibn Nuçayr y de su hijo o que se instalaron aquí poco después acompañando a Al-Badj (los *shamiyyûn* o sirios).

Cierto es que hacía tiempo que la esplendorosa civilización hispanorromana sólo subsistía lánguidamente y con muchas dificultades entre los mozárabes, los que no habían renegado el cristianismo, unos vencidos recalcitrantes y tozudos que había que *humillar*, como los israelitas, si bien ambos pueblos podían ejercer libremente su credo pagando un impuesto suplementario (la *djizya*) y viviendo en barrios separados. Los doctores de la Escuela Malikí describen minuciosamente el estatus jurídico y político de estos *dhimmiés* o *protegidos*. Sin embargo, para muchos *muladíes* ilustrados, entre los cuales nuestro Ibn García, gran parte del esplendor de Córdoba (y también de Denia, Valencia, Zaragoza, Toledo, Sevilla o Granada, reinos del primer período de taifas) se debía a la civilización grecorromana (no olvidemos a Séneca, Lucano, Trajano o Adriano, todos oriundos de la Bética); como el de la Bagdad de los Abasíes a la civilización persa y/o romano-bizantina. Ante tanto menosprecio calculado, Ibn García dirigió una carta al mencionado Djáffar de Paterna y, por ende, a todos los *muladíes* que a los que les daba vergüenza reconocer lo que todo el mundo mínimamente educado y amante de las letras sabía pero callaba interesadamente: los *Ádjam* o *Rum* fueron los que más aportaron al desarrollo intelectual y cultural posterior a la expansión de Islam de los primeros tiempos, religión que en un principio se predicó a los árabes, un pueblo *sucio*, *ignorante*, *idólatra* y *analfabeto*, “*estos árabes dueños de camellos sarnosos*”. Llegó a decir crudamente que son “*hijos de prostitutas*” (sic) porque son los descendientes de Agar, la esclava de Sara y concubina de Abraham, de quien nació Ismael, padre legendario o mítico de los árabes adnanitas, (o *qaysíes*) a los cuales pertenecían los de la orgullosa tribu de Quraysh. En cambio, los *Rum* y *Ádjam*, “*de piel muy blanca y cabellos rubios*, son los hijos de Sara, “*la que hacía prodigios*”, la madre de Isaac, y de los Césares y Cosroes (emperadores persas sasánidas), guerreros y conquistadores famosos, constructores de palacios, “*conocedores de la filosofía natural y de la ciencia de la lógica, de la astronomía, la geometría y la aritmética, de la música y de la poesía, habían estudiado minuciosamente las ciencias del cuerpo y del alma y no las que se*

refieren a la gruesa camella...". Tres siglos más tarde, el gran historiador Ibn Jaldûn hará el elogio de los bereberes (cristianos, israelitas o *paganos*), que opusieron una heroica y legítima resistencia, capitaneados por los legendarios Kodeila y la Kahina, de la gran tribu de los Áwraba, a los árabes invasores del África romana, enviados por los califas omeyas de Damasco y dirigidos por Sidi Oqba, Hasan ibn Nu'man al-Gassaní y Musa ibn Nuçayr. El único mérito que podían tener los árabes es que Mahoma lo era, "*pero cierto es que el oro se encuentra también en la suciedad, el almizcle en la sangre de las gacelas y el agua dulce en viejos odres...*". Acaba su epístola incendiaria haciendo el elogio del Profeta afirmando que él es un musulmán convencido, a pesar de su apellido *infiel* (García). Las réplicas a esta *risâla* (carta) no se hicieron esperar, pero Ibn García no fue molestado por sus opiniones, a menudo parciales y hasta insultantes. Muchos lo tacharon de *cripto-cristiano*, lo que no era cierto, pese a sus elogios hacia la figura del Profeta.

Ibn García de Denia era indudablemente musulmán, un musulmán de aquí, orgulloso de su brillante pasado romano y cristiano. Sin embargo, cabría preguntarse también qué pensaban realmente de todo eso los callados y sumisos mozárabes, cada vez más atenazados por los alfaquíes y ulemas de la escuela jurídica malikí. El Islam de aquel entonces —el de los califas omeyas cordobeses, el de 'Abd er-Rahmân III y de Al-Hakam II, y antes el de Harûn er-Rashîd, Abû Nuwâs y Al-Ma'mûn, en Bagdad— bien poca cosa tenía que ver con los fanáticos *ayatollahs*, *mullahs* o *ayatoleslams* chiítas (que aborrecen al *librepensador* 'Umar Jayyâm, ¡faltaría más!) y los no menos fanáticos e intransigentes *talibân*, *wahhabitas* y otros *salafitas* sunnitas, (discípulos de Ibn Taymiyya y enemigos declarados del *libertino* Abû Nuwâs, o de los grandes pensadores sufíes), que envenenan con su odio y su parcialidad militantes todo el Islam civilizado. Las cosas que acabamos de mencionar ahora cambiarán bruscamente con la llegada a Al-Ándalus de los Almorávides (*talibân* o partidarios radicales de las tesis fundamentalistas del citado Ibn Taymiyya y otros wahhabitas o salafitas *ante litteram*) y después de los Almohades (siglo XII), a los cuales se opuso valientemente otro de nuestros hispanomusulmanes un poco olvidado, Ibn Mardanish de Peñíscola, rey de Valencia y de Murcia, y gran amigo y aliado de los catalanes y aragoneses. Estos bereberes, nómadas de las estepas occidentales saharianas (los Almorávides) o montaraces (los Almohades), impusieron por la espada (otra vez el *djihâd bis-sayf*) la aplicación integral de la *sharî'a* de la Escuela Malikí en el África del Norte, en el Senegal, en el Mali y en Al-Ándalus. La mayoría de estos *mudjahidûn bis-sayf* debían de parecerse muy mucho a los beduinos árabes anteriores al Islam o contemporáneos de Mahoma, de los cuatro califas *rashidûn* y de los primeros califas omeyas de Damasco, descritos por nuestro Ibn García y por la *Shu'ubiyya* en general. Además, las tierras orientales y centrales de Tamazgha / al-Mágrib, a partir del siglo XI, vieron como otros *árabes puros*, los *banû Hilal*, los *banû Sulaym* y los *Banû Ma'qil* devastaban lo poco que quedava aún de la brillante civilización romanobereber y de la no menos esplendorosa civilización berberomusulmana, siempre según Ibn Jaldûn.

Así como Ibn García no renegó sus raíces cristianas y grecorromanas, tampoco nosotros, hijos espirituales de Roma, de Atenas, de la enseñanzas de Jesucristo y de lo mejor de la Ilustración, reneguemos parte de nuestro esplendoroso pasado: el Islam de 'Abd er-Rahmân II, Al-Hakam II, Mudjâhid, Iqbal ad-Daula, Ibn García o Ibn Mardanish. No dejemos que los fanáticos alfaquíes y ulemas wahhabitas y/o salafitas, admiradores de los temibles y puritanos Almorávides y de Ibn Taymiyya, se lo apropien y tergiversen, y que los ignorantes lo menosprecien.